

El sentido del trabajo universitario

Raúl Bertelsen Repetto

Profesor de Historia del Derecho y de Derecho Constitucional, Universidad de los Andes, Chile. Ha sido Rector de la Universidad Católica de Valparaíso (1983-85) y de la Universidad de los Andes (1989-2000), de la que es actualmente Vicerrector. Participó en la redacción de la Constitución Política de Chile de 1980 y en la Comisión de Estudio de las Leyes Orgánicas Constitucionales de esa Constitución. Académico correspondiente de la Academia Chilena de la Historia y Caballero Comendador de la Orden de San Gregorio Magno.

1. HACERNOS SANTOS HACIENDO LA UNIVERSIDAD

En el despacho del Rector de la Universidad de los Andes está enmarcada la última de las cartas que Monseñor Alvaro del Portillo hiciera llegar a esa Universidad fundada en 1989 en Santiago de Chile. En ella —la carta está fechada el 10 de septiembre de 1993—, el entonces Prelado del Opus Dei, después de expresar que aceptaba con alegría el cargo de Rector Honorario que la Junta Directiva le había ofrecido, añadía un consejo: «Como solía repetir el Beato Josemaría a sus hijos que promovían labores apostólicas en el campo universitario, no perdáis de vista que el motivo final por el que estáis allí, es para hacernos santos, haciendo una Universidad».

Más de una vez, en la época en que fui Rector de la Universidad de los Andes, leí esa carta de don Alvaro, sobre todo cuando algún día el trabajo agobiaba. Era, en verdad, un acicate para seguir adelante, esa indicación del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, en la que nos recordaba su enseñanza sobre el sentido trascendente del trabajo universitario.

Hacernos santos, haciendo la Universidad con nuestro trabajo, ése es el sentido que debe tener la labor de un profesor universitario. No estamos en ella para nuestro propio lucimiento, sino para hacernos mejores a través de las ocupaciones habituales de un profesor universitario, y para procurar por medio de esas ocupaciones la mejora de quienes están a nuestro lado.

2. EL TRABAJO UNIVERSITARIO, VERDADERO TRABAJO

Aunque pueda parecer evidente, lo primero que cabe resaltar en el trabajo de un profesor universitario es que es un verdadero trabajo, que tiene la misma dignidad que todo trabajo noble, pero al que son inherentes unas exigencias peculiares.

Esa consideración de la labor propia de los académicos como un trabajo valioso en sí mismo, excluye, naturalmente, su instrumentalización, que es lo que ocurriría si el desempeño de la docencia universitaria fuera buscado para tener más prestigio profesional o para influir políticamente. Asimismo, la concepción que ve en el trabajo académico una buena obra que profesionales competentes aportan para servir una causa valiosa, esto es, una especie de dádiva o limosna intelectual, entraña en el fondo un cierto menosprecio del mismo.

La Universidad requiere de sus profesores una dedicación profesional a una tarea que es de suyo exigente. De ahí que haya de estar a cargo de personas competentes, que cultiven con rigor la disciplina a que se dedican, y que sepan ser para sus alumnos ejemplo vivo y convincente de lo que es un trabajo bien hecho.

3. LAS EXIGENCIAS PECULIARES DEL TRABAJO UNIVERSITARIO

Ser profesor universitario es un oficio noble, pero arduo. No se improvisa, sino que demanda una larga y paciente preparación, que en verdad no termina nunca; una disposición a servir que entraña renunciaciones costosas; una búsqueda humilde y afanosa de la verdad, y una actitud abierta y leal a cooperar en una tarea común. En estas exigencias no se agota, ciertamente, el trabajo de los académicos, pero ellas resaltan con fuerza y para satisfacerlas es preciso el desarrollo de ciertos hábitos buenos, las que podemos llamar virtudes universitarias.

La preparación de un profesor universitario requiere tiempo y esfuerzos sostenidos. No basta ese entusiasmo inicial que tantos jóvenes capaces han tenido y que les ha llevado, con ilusión, a ser ayudantes, si no va acompañado de la voluntad decidida por formarse. Muchas veces esta preparación llevará, durante años, a la realización de estudios de postgrado, o a efectuar actividades de especialización profesional, cuyo éxito demanda sacrificio y constancia. Y permanentemente, en todo caso, el profesor tendrá que ser un estudioso. Durante toda su vida de docente no podrá jamás dejar de interesarse por los avances de la disciplina que cultive; y si faltara ese interés, bien sabemos que al poco tiempo sus enseñanzas serían inútiles.

4. CUALIDADES DEL PROFESOR UNIVERSITARIO

Laboriosidad perseverante y paciencia, son cualidades que el profesor universitario necesita no sólo para llevar adelante su propia formación, sino también, su docencia. La tarea de un catedrático no es fácil y es una idea equivocada ver en ella una enseñanza que sólo tiene por objeto temas atractivos, renovados permanentemente y que se ejerce siempre ante un auditorio bien dispuesto. Es cierto que un buen profesor es un enamorado de su disciplina, que disfruta con su estudio y se entusiasma en la formación de sus alumnos, pero tendrá que volver a explicar —¡muchas veces a lo largo de los años!— ciertos temas tediosos, y procurará hacerlo sin caer en la rutina, y en ocasiones, ante unos alumnos que, por la razón que sea —sueño, enamoramiento, o la preocupación por el próximo examen— no están dispuestos fácilmente a prestar atención a lo que se les explica. En tales circunstancias el profesor no tendrá que sucumbir al desaliento, sino perseverar en esa docencia difícil y quizá amarga por momentos, pero insustituible y valiosa.

Esa enseñanza esforzada, prolongada a lo largo de los años, no será naturalmente fecunda si acaso llegara a faltar el espíritu de servicio. Sin el afán de contribuir a la formación de los alumnos, toda docencia, y también la universitaria, carece de sentido. El profesor está para servir a los estudiantes, y lo hace no sólo en las explicaciones de clase o de laboratorio, sino también en ese trato personal, insustituible en la vida de toda institución que aspire a ser auténticamente universidad, y que se traducirá en la disposición permanente de los profesores a recibir a los alumnos, escucharlos y orientarlos. Así podrá aspirar a tener discípulos que lo reconozcan como maestro.

Todo ello requiere mucha generosidad, que es otra virtud, y no de las menores, de un profesor universitario. Hay formas variadas, muchas de ellas tenues o encubiertas, en que puede presentarse el egoísmo o la cicatería de un académico. La disminución de la docencia, la preferencia por asignaturas fáciles, la inclinación por cursos pequeños, la reticencia a guiar memorias o tesinas para ahorrar tiempo y esfuerzo, son sólo algunos malos hábitos que pudiera adquirir un profesor.

5. TAREAS DEL PROFESOR

La labor de un académico no se reduce, sin embargo, a la docencia. Pide también, y no como algo añadido de lo que pueda prescindir sin merma en la calidad de la enseñanza, de un esfuerzo continuado en la búsqueda de la verdad, esto es, en investigación. Al recordar este aspecto inherente a la vida de todo profesor

universitario, surgen con fuerza en mi memoria las palabras vibrantes que el actual Rector Honorario de la Universidad de los Andes, Monseñor Javier Echevarría, dirigiera en 1997 al claustro académico:

«Para que lleguéis más lejos —nos dijo—, siempre más, me apresto a revivir hoy en vuestra memoria, una triple responsabilidad que conocéis muy bien, y que será guía segura de este centro del saber. Quiero recordaros que debéis ser apasionados *buscadores de la verdad*, apasionados *practicantes de la verdad* y apasionados *difusores de la verdad*».

Esa “búsqueda de la verdad” —advertía más adelante el Prelado del Opus Dei—, *es ardua*, pero representa una “exigencia moral” en donde se pone en juego la diligencia intelectual que demanda la tarea del profesor universitario. «Buscar la verdad comporta—en sus propias palabras—, para la Universidad entera y para cada uno de vosotros, un empeño constante por fomentar en ese ámbito la investigación propiamente dicha. Lo pide el dinamismo connatural de la institución universitaria, y lo pide el bien común de la sociedad».

No estamos, entonces, ante un cometido que pueda soslayarse sin perjuicio de la vida académica y sin defraudar las legítimas expectativas que la sociedad tiene respecto de sus universidades. Pero esa investigación que busca la verdad entraña un amor a ella que compromete la vida y el trabajo del investigador; exige asimismo honradez, valentía para no enmascarar la verdad frente a posturas arraigadas en la opinión pública, humildad para reconocer el acierto en las investigaciones ajenas y para dejar de lado las propias hipótesis y planteamientos cuando ellos se demuestren equivocados. Todo ello no es fácil, porque hacer frente a corrientes de opinión fuertes exige coraje, y también por el orgullo, que puede llevar a apegarse a posiciones personales sostenidas durante años con convicción, pero que los trabajos de otros investigadores han demostrado que son erróneas.

6. LAS LABORES DE GOBIERNO, OCASIÓN DE SERVIR

Existen, igualmente, otras tareas del trabajo universitario que son asimismo ocasión propicia para practicar la humildad. Tales son las labores de administración académica en las facultades, ingratas a veces y de poco relieve, o la docencia de un curso que no resulta particularmente atractivo. Esos encargos piden renunciaciones que, incluso, pueden ser dolorosas o llevar a la postergación de legítimas expectativas de perfeccionamiento académico. De ahí la necesidad de un espíritu de servicio que lleve a asumir con naturalidad y alegría esos trabajos sin brillo externo, pero tan necesarios.

Esa perspectiva de servicio es la que debe asimismo orientar el desempeño de las labores de gobierno en la Universidad. Un profesor al que le corresponda

asumir un cargo de esta especie, incluido el de Rector, no debe olvidar que su desempeño es necesariamente temporal, y que después de un período más o menos prolongado en su ejercicio, volverá en plenitud a los cometidos propios de la docencia e investigación universitarias, o bien, le tocará asumir otro cargo, el que sea, desde el cual podrá asimismo colaborar en la conducción de la Universidad o de alguna de sus facultades.

El puesto de Rector, o de Decano, no es entonces una excepción a la temporalidad de los cargos, y de ahí que el cese en su ejercicio sea una circunstancia normal, no una tragedia. No es tampoco su desempeño la culminación de la carrera académica, a cuyo término no quede otra salida que la jubilación o el abandono de la Universidad o de la facultad que se ha dirigido. Es una etapa, a veces maravillosa e inolvidable, como la que me correspondió vivir durante los once años iniciales de la Universidad de los Andes en que fui su rector, pero sólo una etapa, en que corresponde gestionar los asuntos de gobierno con fidelidad al espíritu fundacional y con prudencia, como administrador fiel y no como dueño.

7. OPTIMISMO FRENTE A UNA EMPRESA DE LARGO ALIENTO

Existen otras dos cualidades valiosas en los profesores de cualquier universidad, pero particularmente apreciadas en los de una universidad nueva: espíritu de cooperación y optimismo.

La Universidad no es una suma de brillantes catedráticos que actúen cada uno por su cuenta, sino una corporación que realiza tareas en común. De ahí la necesidad de ideales compartidos, espíritu de unidad y cooperación leal, con los otros profesores y con las autoridades. Es cierto que habrá figuras que tengan más realce y es bueno que las haya por su valor ejemplar; profesores que destacan por su docencia, por la calidad de sus investigaciones y por el atractivo de sus conferencias o escritos, pero ello no se opone a la cooperación que debe existir entre los académicos de una Universidad, pues la necesidad de aunar esfuerzos no es tarea para algunos sino obligación de todos.

Una Universidad antigua podrá padecer durante algún tiempo la presencia de esas individualidades encerradas en sí mismas, susceptibles, reacias a cooperar, con las cuales es posible que alguna vez hayamos topado en nuestra vida, pero no lo será sin sufrir daño. Pero en una casa de estudios que da sus primeros pasos, su presencia sería devastadora. Impediría, en efecto, la conformación de equipos de trabajo que son indispensables para impulsar las carreras que comienzan; dificultaría el gobierno de la Universidad y la colaboración entre sus diversas facultades; restaría fuerza a una tarea que, como pocas, requiere de un impulso decidido en una misma dirección. La unidad es un gran bien que exige cuidado

continuo, cuidado al que no se opone sino que lo exige, la necesidad de corregir, con delicadeza y sin humillar, pero con claridad, al que se equivoca.

Optimismo finalmente, mucho optimismo. La Universidad, por definición, es empresa de largo aliento y no un negocio de corto plazo. Sus frutos principales —la formación de graduados y la realización de investigaciones— no se improvisan, y únicamente el esfuerzo mancomunado de generaciones y generaciones cimentará su prestigio y extenderá su benéfica influencia. Siempre, pero especialmente en los comienzos, en que las metas están lejanas y parecen inalcanzables, con dificultades que no escasean y obstáculos que se ven insuperables, se requiere una visión positiva, confianza en la posibilidad de salir adelante; y sobre todo en los que dirigen, ánimo fuerte que venza el desaliento, capaz no sólo de superar las dudas que a todos pueden presentárenos, sino de animar a los que vacilan y de transmitir confianza y serenidad.

Este optimismo, para ser realista, tiene que tener en cuenta las limitaciones y debilidades humanas. No hacerlo sería ingenuo e insensato y no podría llevar sino al fracaso estrepitoso. Pero si, conscientes de nuestras flaquezas, aportamos el trabajo bien hecho que de nosotros se espera, y nos abandonamos en las manos de Dios, podemos estar seguros, porque el Señor lo quiere, que la Universidad en que trabajemos crecerá y dará buenos y abundantes frutos de santidad, formará profesionales con sentido cristiano de la vida y efectuará aportes significativos en la búsqueda y difusión de la verdad.

Al terminar las palabras que como Rector de la Universidad de los Andes hube de pronunciar en el acto inaugural de su primer año académico, en 1990, recordé una anécdota del Beato Josemaría, contada por una persona que le conoció en los años veinte. «¿Has visto las cumbres nevadas de las grandes montañas?», le manifestó en una ocasión el Beato Josemaría, para añadir a continuación: «Así son las grandes ideas y las grandes inteligencias: parecen distantes, ajenas, aisladas, pero de esa nieve proviene el agua que hace fructificar los valles»¹. Esa imagen plástica me pareció en aquel entonces, y me sigue pareciendo ahora, particularmente adecuada para expresar la fecundidad de esas empresas de largo aliento que son las universidades.

¹ Relación de Fidel Gómez Colombo, en A. DE FUENMAYOR - V. GÓMEZ-IGLESIAS - J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona 1989, p. 45, nota 38.